



Olga de León / Carlos Alejandro

De los Rituales al cuento

Cada escritor, ya sea novel o experimentado, ha logrado creaciones mejores o excelsas que no siempre responden al tiempo o la experiencia ganada en el oficio, en algunos afortunados sus óperas primas son diamantes puros, si bien no es lo común. Sin embargo, sus ritos y su arte para crear son factores esenciales que solo ellos ejercen magistralmente, y nadie puede descifrar.

Porque la realidad es la materia prima en todos, pero el manejo de la ficción y la prosa hacen mayor diferencia que la misma vida, por diversa y extraordinaria que sea, es que los rituales practicados por cada autor, son el pretexto para encontrar en ellos la causa de su tino o desatino al crear.

EL SUEÑO QUE SE VOLVIÓ CUENTO

En un país extraordinario del que solo recuerdo cosas maravillosas -no porque otras no sucedieran sino porque eso solo fue lo que quise recordar por el resto de mis días-, tuve cierta noche un sueño fantástico del que quisiera recordar con exactitud la fecha, sin que lo haya logrado hasta el día en que esto escribo, solo sé qué sucedió y cómo impactó mi vida.

Dormía plácidamente, cuando tuve la ilusión de que estaba despierta y, dando rienda suelta a un anhelo por años escondido en mi mente y alma, me levanté de la cama y salí: hacia dónde y a qué: al mundo, a recorrerlo: "lo haré de pe a pa, no importa el tiempo que me tome. Recorreré ese grandioso lugar de punta a punta y de lado a lado", me dije ya completamente lúcida y consciente.

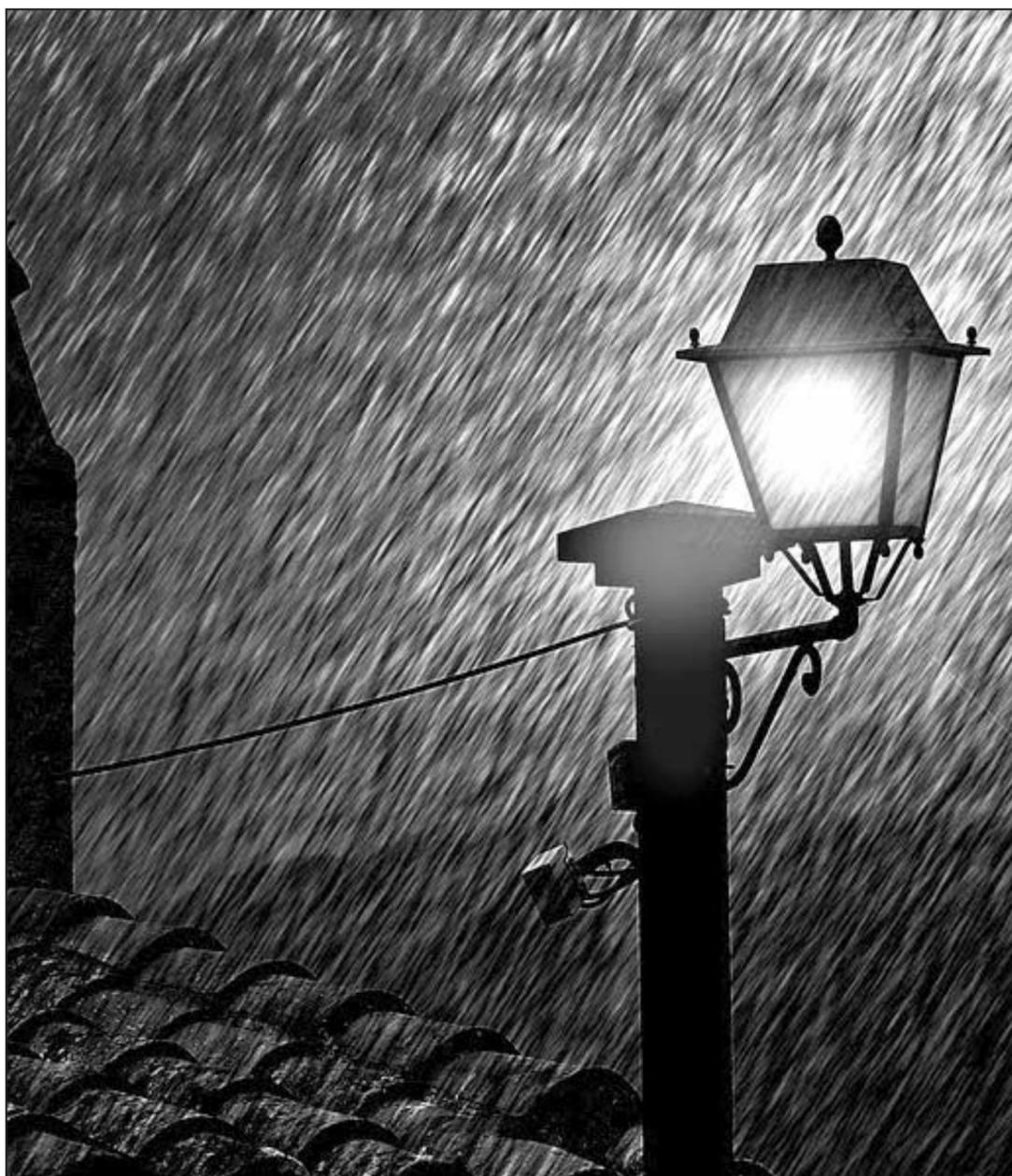
Pero, he que -justo en ese punto- sale a mi encuentro una enorme rata; en un instante, de un salto me volví a mi cama, a donde fui a dar naturalmente puesta de pie y cubriéndome la boca con ambas manos, para que no se escuchara mi grito. Recuperándome rápidamente del susto, con fuego más que miedo en los ojos, miré al roedor de forma tal que desapareció como por arte de magia. Yo no estoy cierta de que haya sido por mi mirada que ella hubiese desaparecido, pero así fue: ¡se esfumó!

Habrían de transcurrir aún unos minutos, para que la rigidez de músculos y nervios, desapareciera. Volví al piso, calcé las pantuflas y así, en pijamas, salí de casa; nunca -que yo recuerde- había salido sin antes por lo menos vestirme con ropas que aunque sencillas, fueran propias para la calle.

Apenas di dos o tres pasos más allá del dintel de la puerta de entrada y salida de nuestra casa -que es la vuestra, ¡por supuesto!-, cuando caí en la cuenta de que estaba en ropas de dormir: me regresé.

Para entonces, me había olvidado de la enorme rata que se me apareció y desapareció ante mi atónita mirada. Pero, la vida (¡como los cuentos!) da muchas sorpresas: ¡y allí estaba de nuevo!, solo que ahora no era solo ella, sino todo un séquito de bichos y ratitas o ratoncitos pequeños los que se interpusieron entre mis pies y la entrada al baño, a donde me dirigía para darme una ducha rápida y luego vestirme, e irme a recorrer el mundo: ese maravilloso mundo que recién había descubierto en ese extraordinario país en el que por entonces vivía.

Pero, en esta ocasión, ni los bichos, ni los ratoncitos se esfumaron; por lo contrario, seguían allí. Sólo que yo tam-



poco me asusté de ello; me asumí distinta a mi primer encuentro con la enorme rata: hice caso omiso de las alimañas y animales: ¡cómo si no existieran! Me metí bajo la regadera, me enjaboné, enseguida me enjuagué y finalmente tomé la toalla y me sequé.

Para cuando me estaba vistiendo, en lugar de que fueran menos mis acompañantes, su número había crecido. Tuve que tener mucho cuidado de no pisar a algún gusano, hormiga, cucaracha o ratoncillo, mientras me dirigía hacia la recámara. Luego, por un momento, me olvidé de que estaba rodeada de bichos y simplemente me concentré en vestirme, acicalar mi cabello, calzar las zapatillas azules y, sin mayor preocupación, salir del cuarto cerrando la puerta tras de mí.

La pesadilla que empezaba más a divertirme que a atemorizarme, terminó cuando la alarma del despertador que estaba sobre la cómoda, se encendió y me despertó. ¡Qué cosas!, pensé. ¡...y parecía tan real! Me levanté con una clara decisión en mente: aquella enorme rata y toda su prole podían volver a mí; pero, sólo durante la noche. ¡...y eso!, si yo antes les daba permiso de existir.

Tomé las maletas, afuera del hotel me esperaba ya el auto de sitio: me fui al aeropuerto: el viaje había empezado: ya no estaba en casa. Así que: un mejor sueño me esperaba: recorrer ese hermoso país del que apenas empezaba a ver algo más que pesadillas... aunque, de caricaturas, comedia o tragicomedia: ¡a lo

sumo! Y el cuento fue realidad; y los sueños, su preámbulo.

RITUAL EN TIEMPOS DE LLUVIA

Bety llevaba a cabo un ritual -un tanto obsesivo- cada día de lluvia. Habiendo regresado del paseo nocturno con sus dos perras (tanto la Coco como la Güera llevaban colgando un collar con medalla de San Benito), Bety se dirigía a la recámara; para entonces, ya había cerrado la puerta que conducía al patio. Parada sobre la cama, en shorts y camisón para dormir, pasaba una hora matando moscos con una raqueta que en lugar de cuerdas de nylon, las tenía de alambre eléctrico. Electrocutaba a sus víctimas voladoras; o más bien, las quemaba con electricidad haciéndolas desprender brillantes lucecitas que adquirían la forma de sus cuerpos. "Allá en el norte les llaman zancudos, ¿verdad?", me preguntó sonriendo.

Las paredes de su departamento eran de ladrillo rojo. Vivía en Ecatepec, cerca de Ciudad Azteca. Su padre había mostrado su orgullo en cuando notó el éxito económico del negocio de su hija, iniciado diez años atrás de nuestro encuentro en Ciudad Azteca: conseguirle pareja a cualquier persona soltera, sin importar dónde viviera. Ayudó a formar familias de Durango y Zacatecas, de Oaxaca y Baja California, y de Guadalajara y Tamaulipas. Luego

vinieron los encuentros entre iraníes y mexicanos, hindús con mexicanos, rusos y mexicanos. Incluso ella se consiguió un marido francés. Todo fue felicidad hasta que el esposo le dijo al suegro: "Papi, necesito dinero porque quiero ir a ver a mi familia a Lyon". Don Ramiro le rogó a su hija para que le diera empleo a su propio esposo: que este fuese haciendo su propia "papocha". Pero el matrimonio se vino abajo.

Ahora era yo quien estaba en casa de Bety, complementando la compañía que ella me hacía, en retribución de la que, a la vez, yo brindaba.

Bety no tenía en su departamento otra foto enmarcada más que la de un amigo a quien había conocido tres o cuatro años antes. El marco se encontraba recargado en un librero de donde sobresalía un texto con el título: "Relaciones gemelas". Y no era realmente su recámara donde yo me encontraba, sino la que había ocupado su madre hasta que decidió irse a vivir con otra hija, debido a lo sola que se sentía porque Bety se pasaba todo el tiempo trabajando.

Doña Eugenia, la madre de Bety, sabía que no soportaría mucho tiempo al francés. "Ve a traerle a tu hija de su casa, ya no lo aguanta", le decía a don Ramiro, y él le contestaba: "Tu hija va a tener necesidades más adelante, no hay que precipitarnos". Y respondía la madre: "Sí, pero Beatriz no batallará en meter a la cama a cualquier otro, en cuanto se le presente".



Henri Barbusse

El novelista francés Henri Barbusse, quien escribió poesías bajo la inspiración de los autores simbolistas y es recordado por su obra "El fuego", en la que retrata la vida de soldados de la Primera Guerra Mundial, murió hace 80 años, el 30 de agosto de 1935.

Barbusse nació el 17 de mayo de 1873 en Asnières, Francia. Su madre de origen inglés falleció tras dar a luz a su tercer hijo y su padre se desempeñaba como periodista y escritor.

Fue testigo de primera mano de la vida de los soldados franceses en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y perteneció a un linaje importante de escritores de guerra franceses que abarcaban un periodo de 1910 a 1939.

La primera novela de Barbusse, fue "L'Enfer" (El Infierno) que fue publicada en 1908, un cuento que narra una pensión en París y daba testimonio de los momentos más íntimos de un joven espiando a sus vecinos.

Barbusse combatió en la Primera Guerra Mundial como soldado de infantería, y desde la cama de un hospital escribió la novela "El Fuego" (1916), que tuvo gran éxito y ganó el Premio Goncourt, que se refiere a un premio literario en Francia.

Tiempo después que fue dado de alta y se convirtió en un pacifista comprometido, su novela "Clarite" (Luz), se centró en los aspectos morales y políticos de la guerra.

Toda su obra posterior estuvo determinada por situaciones políticas y sociales cada vez más apremiantes, que lo llevaron a trasladarse a Rusia, donde inauguró una línea literaria de crónicas realistas que gozó de gran popularidad.

Antes de morir Henri Barbusse trabajaba en un libro sobre Joseph Stalin (1878-1953). Murió el 30 de agosto de 1935 en Moscú y tras ser velado durante tres días, sus restos fueron llevados a París y depositados en el cementerio de Père Lachaise.

ad pēdem literae

Mejor es callar y que sospechen de tu poca sabiduría que hablar y eliminar cualquier duda sobre ello.

Abraham Lincoln

letras de buen humor

"Dejé de creer en Santa Claus cuando mi madre me llevó a verlo en unos grandes almacenes y él me pidió un autógrafo."

Shirley Temple

En interiores...

Mi gato Tyke

Patricio Pron

Página 2

Crímenes contra la banda

Guillermo Fadanelli

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José H. Gómez

Página 4